

La cita

La cita era a las seis en el café de los relojes quietos,
en el que Pedro aguarda masticando impurezas.

Las pestañas son brújulas que gimen con voz de silbatos,
arañan los cristales de todas las esferas y nadan promiscuas
en los vapores del sólido café.

Los dedos tamborilean sobre la frialdad redonda del velador
en un crescendo cuya ira se disuelve en las servilletas impúberes.

Una expedición de ranas asciende por la tráquea y naufraga
en las aguas profundas de la lengua muerta. Son los flecos,
los hilos de los besos acopiados, los que detienen la sangre.

El camarero va de acá para allá, cada vez con el pecho más hundido.

Las agujas del reloj se han clavado en el iris
del que fluye una lágrima oblicua de gelatina agonizante.

La intuición fortuita del olvido
acrecienta la muerte que aprietan las axilas engrasadas.
Confuso y defraudado, escupe las miserias del abandono
que fertilizan las baldosas perfumando a los perdedores.

La puerta chirría, el corazón no existe, las ranas eran ángeles.
Son las seis y diez de la tarde en todos los relojes del cielo.
María se aproxima desnuda de verde.

Jerónimo Muñoz